

SOMBRA Y VOLUMEN. UNA EXPOSICIÓN DE ESCULTURA CONTEMPORÁNEA.

Francisca Moreno Fuentes

Durante el mes de agosto, un mes tradicionalmente muerto para cualquier actividad cultural en nuestra ciudad, ha permanecido abierta, en la Sala del Palacio Episcopal de Málaga, la exposición titulada *SOMBRA Y VOLUMEN. Una colección de Escultura Contemporánea*.

La exposición ha sido patrocinada por Unicaja, concretando así lo que supone la idea de patrocinio bien entendida y bien llevada a la práctica.

Con mucha frecuencia se habla de la importancia de potenciar una oferta cultural que complemente la imagen de ciudad de sol y playa que para la mayoría de los visitantes Málaga tiene.

Si otras ciudades andaluzas han conseguido captar un turismo que disfruta del ocio con todo lo que ello comporta, pero que, cada vez más, incluye actividades y visitas de interés cultural en la programación de su tiempo libre y, por ejemplo, la Mezquita de Córdoba, la Catedral o el Museo de Bellas Artes de Sevilla forman parte de lo que el viajero tiene previsto hacer durante las vacaciones, antes incluso de iniciar el viaje, ninguna previsión equiparable está en el proyecto del visitante que viene a Málaga, y ello es, exclusivamente, por falta de oferta, porque la demanda del público interesado existe y va en aumento. Pero el magnífico Coro de Pedro de Mena, en la Catedral, permanece cerrado al visitante y la iluminación de ésta no se enciende permanentemente para ahorrar en gastos de mantenimiento. La Alcazaba está en restauración y las obras paradas, por no hablar del patético panorama museístico de la ciudad en el último año.

En este contexto cobra toda su dimensión el rasgo de valentía que ha supuesto por parte del equipo humano que gestiona la Obra Cultural de Unicaja, patrocinar una exposición de estas características, en el mes de agosto, coincidiendo con la época de más calor y con la Feria, en un intento de acercar la CULTURA, con mayúsculas, no sólo a los malagueños, también a la población flotante que la ciudad atrae en estas fechas, y cubriendo así en parte, el doloroso hueco que la ausencia de una oferta museística estable deja en el tiempo el ocio de quienes esperan del verano algo más que un bronceado.

Como el propio título anuncia, lo que se expone es una colección, de lo que no informa es de que la colección es privada. Es, por tanto, un conjunto de piezas que alguien ha reunido a lo largo del tiempo siguiendo un determinado criterio, lo que dota al conjunto de una cierta unidad, que es percibida por el espectador inmediatamente; aunque descubrir en qué consiste esa unidad, cuál es el elemento

Francisca Moreno Fuentes

común, el hilo conductor que convierte esta agrupación de piezas en una colección con carácter propio, requiere una observación más detenida.

Es imposible saber, sin ser coleccionista, qué lleva a una persona a reunir obras de arte, a pasar de tener algunas piezas que decoran la casa o el despacho y se integran en el mundo doméstico, a buscar, elegir, adquirir o desechar piezas artísticas, ocupando en este quehacer un tiempo y un espacio mental que, sin duda, condiciona su vida cotidiana, sea cual sea su actividad. Sólo podemos tratar de comprender al coleccionista especularmente, a través de su colección.

Coleccionar arte representa, por supuesto, una intervención que tiene una rentabilidad en términos económicos, que se puede obtener por otras muchas vías. Obviamente no es esa su principal motivación. La verdadera rentabilidad del coleccionista hay que medirla en términos emocionales en el plano íntimo y culturales, en el plano social.

Coleccionar significa elegir de entre todo lo que se conoce, lo que se ve, lo que se desea, un fragmento que resulta particularmente significativo al que lo elige. No se coleccionan corrientes artísticas, ni autores, sino piezas concretas que pertenecen a un momento, a un instante en la evolución de un autor adscrito o no a tal o cual corriente. La pieza seleccionada pasa a convivir, a dialogar, con otras piezas concretas, de otros autores, de otras corrientes.

La selección, o más bien la elección, convierte al coleccionista en protagonista de la Historia del Arte de su tiempo. Selecciona, elige, de entre todas las posibles visiones del mundo, la suya propia, compuesta a partir de fragmentos de visiones diversas, pues no debemos olvidar que el Arte es, ante todo y sobre todo, una forma de interpretar el mundo. Cada generación tiene su propia producción artística, pero también cada generación reescribe la Historia del Arte.

Lo que nos propone esta exposición es, por tanto, un viaje por una particular visión de arte de nuestro tiempo.

A la comprensión, al disfrute por parte del visitante de la colección expuesta, ha contribuido de forma decisiva el montaje que Alfonso Serrano ha hecho de la misma, sacando el máximo partido a la multiplicidad de ambientes que el Palacio Episcopal ofrece.

La colección se distribuía ocupando no sólo las salas destinadas habitualmente a exposición, también el patio y los espacios de paso, incluida la magnífica escalera y el zaguán, donde la equilibrada arquitectura barroca, más que servir de marco a las esculturas, creaba con su espléndida articulación, que ensambla de forma magistral espacios diversos, el ambiente que permitía al visitante acercarse de forma natural a concepciones diversas en la forma de crear.

Si en los espacios de paso se ha cuidado en extremo el diálogo arquitectura-escultura para cada pieza, en las salas de exposición la protagonista absoluta es, lógicamente, la colección de escultura, y lo que se ha cuidado de modo exquisito

Sombra y volumen. Una exposición de escultura contemporánea

es que cada pieza tenga el justo punto de luz, que arranque el brillo justo y proyecte la justa sombra. Y sobre todo, se ha cuidado el diálogo visual de unas piezas con otras, jugando en unas ocasiones con la similitud y en otras con el contraste.

Así, la primera sala recibía al espectador con un delicioso grupo de bronce de pequeño formato, cuyo denominador común es que pertenecen a la producción de artistas nacidos antes de mil novecientos. Salvo **Henry Moore** y **Jacques Lipchitz**, todos son españoles. Son todos nombres punteros entre los integrantes de la llamada Vanguardia Histórica, que protagonizaron la ruptura conceptual y visual con la tradición artística vigente a principio de siglo. Nombres como **Manolo Hugué**, **Pablo Picasso**, **Joan Miró**, **Pablo Gargallo** y **Julio González**, cuya proyección ha marcado tan profundamente la obra de artistas posteriores.

De la mano de estos gigantes se inicia un recorrido en el que, de forma imperceptible, pasamos de la simplificación formal, en la que el referente figurativo está presente como sugerencia, más que como presencia, en el *Toro recostado* de **Pablo Serrano**, al simple vacío puesto al servicio de una espiritualidad descarnada, de tremenda expresividad en el *San Francisco* de **Jorge Oteiza**. La sensual gravidez de la forma en el *Torso al sol* de **Baltasar Lobo**, en el que el artista ha extraído toda la suavidad y calidez posible del metal, contrasta con la distancia geométrica que impone la figuración de **Lynn Chadwick** o el ensamblaje de **Antoni Clavé**.

De **Man Ray** se expone un alto relieve de bronce que parece un ensamblaje de madera; es una pieza compleja, revestida de sencillez, en la que con un guiñol genial, el artista coloca al espectador en el ojo del huracán, obligándole a preguntarse por los límites? Del arte.

La abstracción a través de distintas propuestas neoconstructivas, minimal o expresionista tenía un amplio espacio. Las salas se organizan a partir de una escultura de **Pablo Palazuelo**, visible desde la sala anterior y posterior, pero para la que se había creado un espacio propio, de tal manera que la exquisita concreción estática, magnífica en su simplicidad, de la escultura de Palazuelo, se veía reforzada, y a la vez ayudaba al espectador a disfrutar del movimiento de la propuesta de **Anthony Caro**, de la prodigiosa capacidad de arrancar cualidad orgánica, vital, al hierro formado de **Martín Chirino**, de la descomposición geométrica que **Gustavo Torner** hace del espacio, o del ritmo modular en la composición de **Amadeo Gabino** o del *coudrage* de **Francisco Ferreras**.

Un bronce, *Libro*, de **Julio López Hernández**, con vocación de dibujo renacentista y ejecución de orfebre, retórico y, tal vez por ello, de un atractivo magnético para un sector importante del público que ha visitado la exposición, nos situaba de lleno en el realismo mágico, y enfrente de esta pieza *María de pie*, un bronce de **Antonio López García**, ponía el contrapunto enfrentándonos al realismo cotidiano en una plasmación de la infancia distante, inquietante y fría en su simple presentación, tal vez inconscientemente heredera de la morbosa figura de los Niños de Pasión barrocos, de tan larga tradición en nuestra cultura.

El contraste del realismo de estas figuras con las dos figuritas femeninas de **Allen Jones**, expuestas enfrente, es tremendo y sorprendente porque son, más que un arabesco, un garabato en bronce fundido, de una procacidad agresiva, casi hiriente.

En la misma sala **Rafael Canogar** nos sorprendía con una *Cabeza* a medio camino entre cráneo humano y casco militar, de corte claramente brancusiano, y **Eduardo Arroyo**, en su *Fumista* lo hacía con toda la carga de humor crítico que lo caracteriza. La nota cálida la ponía **Feliciano** con una pieza movable, de estética constructiva pero que con la elección del material, pino viejo pulido con mimo artesanal, conseguía transmitir todo el amor del artista por la Castilla profunda y dura que cantaron los poetas del 98.

Las últimas salas estaban reservadas, siguiendo un orden lógico, aunque no estrictamente cronológico, a los artistas más jóvenes, todos ellos nacidos después de la guerra civil, y algunos de ellos como Xana Kahle o Pepo Moncada nacidos en la década de los sesenta.

La concepción de la escultura como forma abierta en el espacio, no como objeto tridimensional, haciendo patente el espacio *desocupado* de **Susana Solano** está magníficamente representada en una obra de la artista perteneciente a su serie *Muebles del Mundo* y comparte espacio con la precisión formal de **Jorge Arxé**, la audaz concreción de **José M^a Sirvent** y el riguroso purismo de **Sergi Aguilar**.

A la capacidad de evocación étnica de **Xana Kahle** plasmada en una magnífica escultura de acero y bronce se contraponía una escultura de madera policromada de **Melquiades Álvarez** titulada *De los pies a la cabeza*, una figura masculina erecta que emerge del barro primigenio en actitud al mismo tiempo de miedo y desafío, que anuncia el final del recorrido y prepara al espectador para la última sala, donde se expone una figura en papel maché del **Equipo Crónica** y obras de **Pepo Moncada**, **Roberto Díez**, **Alfons Sard** y **Miguel Alberquilla**. Propuestas diferentes con un denominador común, el material elegido. Todas son de madera y todas juegan con el color además de con el volumen, valoran la policromía, algunas añadiendo color mediante tintes y otras aprovechando las posibilidades cromáticas que el propio material ofrece.

El resto de la colección se exponía en los espacios de paso del Palacio Episcopal proponiendo al visitante un recorrido en el que la vista iba de forma natural de las arcadas a la escultura cinética en acero inoxidable de **Eusebio Sempere** o al rotundo y silencioso bosque de granito de **Manuel Paz**, de la penumbra sugerida por la ordenación de balconillos a la sugerente calidez de **Navascués** del que se exponía una pieza de madera, con vocación de bronce pulido, que es una tentación para el tacto, o a una escultura donde **Fernando Bellver** nos hace un guiño lúdico, uniendo tópicos populares a una simplicidad formal de raigambre mironiana.

El complejo juego de volúmenes del espacio arquitectónico que articula la unión del patio columnado, el patio chico y la escalera, ha sido espléndidamente

Sombra y volumen. Una exposición de escultura contemporánea

utilizado para hacer más tangible la simplicidad de la abstracción geométrica en la *Venus de las esferas* de **Andreu Alfaro** y la actitud cotidiana, la incomunicación de los personajes fundidos en bronce por **Ramón Muriedas**, es más patente bajo la apoteosis barroca pintada en la bóveda que cubre la escalera, mientras toda la sensualidad orgánica que consigue transmitir a la composición geométrica **José Luis Sánchez** luce toda su plenitud enfrentada al juego de filigrana de hierro, escaleras y cristales del espacio que la rodea.

La impresión que el visitante tiene al terminar es la de que ha transitado por una zona de la historia artística de este siglo, protagonizada casi en su totalidad por escultores españoles con alguna ausencia notable, lo que le confiere una extraordinaria unidad y en la que la característica más representativa es la serenidad, la falta de estridencia.

Es significativo a este respecto que, las dos piezas de **Julio González** que figuran en ella, *Un debout melancolique*, un exquisito bronce de 1910-14 de estética clasicista y *Escultura llamada abstracta*, realizada por el artista en 1942, nada hace pensar, contemplándolas, que entre ellas el autor desarrollara la portentosa serie de las *Montserrat*, con su asombrosa capacidad de captar y transmitir el sufrimiento humano.

Tal vez en un intento de eliminarlo, el coleccionista ha buscado las piezas que recogen el lado más amable, el lúdico, el equilibrado y las manifestaciones más agresivas del arte de nuestro tiempo, las que muestran el lado sórdido, el lado oscuro del sentir humano, han quedado fuera.

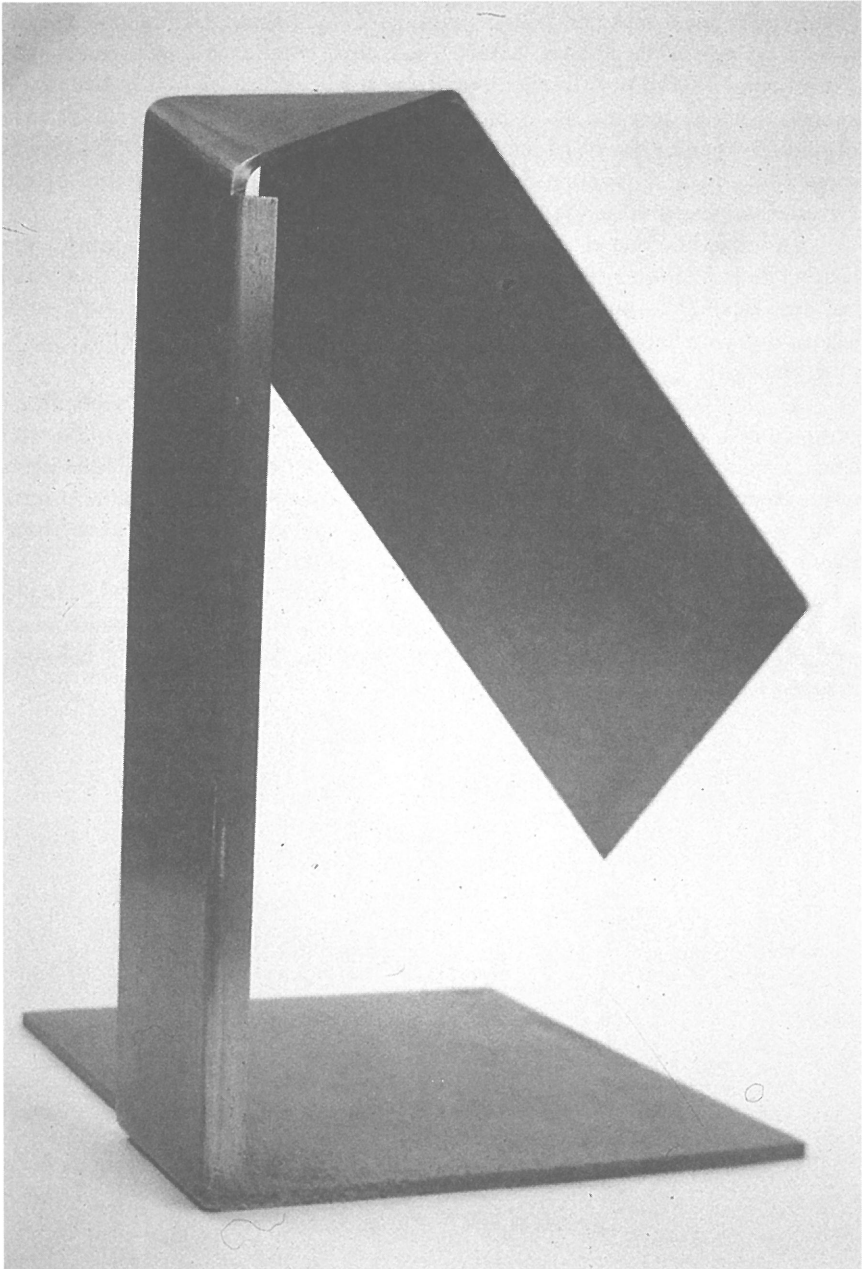


Fig. 1.— Pablo Palazuelo.